

**Homilía pronunciada por monseñor José Rodríguez Carballo, O.F.M., en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y San Felipe Mártir en Roma con motivo del inicio de la Asamblea General extraordinaria del Regnum Christi.**

9 de abril de 2018  
Solemnidad de la Anunciación

Queridos hermanos, queridas hermanas, ¡que el Señor os de la paz!

Para algunos podría ser coincidencia, para otros seguramente es providencia que en el día en que la Iglesia celebra la Solemnidad de la Anunciación del Señor, vosotros como familia Regnum Christi, deis inicio a esta Asamblea que tiene ciertamente un carácter extraordinario.

Quisiera, en este contexto de la Solemnidad de la Anunciación, pero también teniendo en cuenta la circunstancia concreta que nos reúne hoy aquí, subrayar tres palabras, a partir, ciertamente, de las lecturas que acabamos de proclamar.

En primer lugar, y esta es la primera palabra, quisiera subrayar «aquí estoy». Hoy en muchos institutos religiosos se da la circunstancia que las hermanas y los hermanos renuevan sus votos, renuevan su profesión, su consagración al Señor. Y me parece muy adecuado, aunque, por ejemplo, en mi familia no lo hagamos hoy. Porque en este «aquí estoy» podemos ver la «profesión» (por usar una terminología que no es propia) de María. La consagración definitiva de María, la siempre Virgen.

Desde la creación del mundo, desde la creación del hombre y de la mujer, Dios buscó una casa para su Hijo. Como tal vez sepáis, para la escuela franciscana, contrariamente a la escuela dominica, la Encarnación no es algo que sucede por un accidente en la historia de la humanidad. No es consecuencia del pecado. Aunque el hombre no hubiese pecado, la Encarnación habría tenido lugar, porque la Encarnación está motivada por el amor incondicional de Dios al hombre. Por eso digo que desde un principio Dios buscaba una casa para su Hijo. Tardó en encontrarla, pero al final la encontró en María: «Aquí estoy». Y María abre de par en par, incondicionalmente, su corazón al designio de Dios. Los santos padres dirán que María engendró a su divino hijo antes por la fe que en la carne. Por eso, lo que caracteriza a María, lo hemos dicho siempre y lo

seguiremos diciendo con la Iglesia, es su fe incondicional. Una fe que admite preguntas: «¿Cómo es posible todo esto si yo no conozco varón?», pero que al final se doblega ante la inmensidad del misterio de Dios que la envuelve: «Aquí estoy».

María, casa de Dios. Y esto que sucedió en María debe suceder en nosotros. Ciertamente, en María sucedió en un modo extraordinario, único. Pero, «¿quiénes son mi madre, mi padre y mis hermanos? Los que hacen la voluntad de Dios», los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. Por eso, podemos decir que tú y yo, en estos momentos, estamos llamados a ser casa de Dios, a acoger a Dios con todo lo que de escandaloso esto pueda tener, porque la Encarnación es escandalosa. Y es escandalosa porque, después del pecado, la Encarnación comporta asumir el pecado plenamente, quien no conoció pecado, Dios lo hizo pecado. Hoy Dios se hace hombre para divinizar al hombre. Y tú y yo estamos llamados a renovar ese compromiso, nosotros los consagrados, sobre todo, el proyecto que Dios tiene para cada uno de nosotros.

Y esto me da pie para la segunda palabra que quiero subrayar: discernimiento. ¿Cómo saber cuál es la voluntad de Dios para cada uno de nosotros y en el conjunto, en este contexto particular, para el Regnum Christi? Hay que discernir. El Señor no nos ahorra el trabajo arduo y muchas veces difícil del discernimiento. Y, precisamente en esta Asamblea, estáis llamados y llamadas al discernimiento. Cada uno de los participantes en esta Asamblea está llamado, llamada, a decir: Señor, ¿qué quieres que haga? ¿Qué quieres de mí? Y, al mismo tiempo, como familia, estáis llamados a preguntaros: Hermanos, hermanas, ¿qué hemos de hacer? Discernir. Yo estoy convencido de que esta es la palabra (voy a decir algo inapropiado), la palabra «mágica» de estos tiempos para la vida cristiana y para la vida consagrada en particular. Y discernir a la luz de tres grandes referentes.

En primer lugar, el Evangelio, que Benedicto XVI definía como la regla de todos los consagrados; y que el papa Francisco escribió: la regla suprema de todos los consagrados. Por encima de cualquier regla, también de la franciscana, está el Evangelio. Y las reglas particulares, las constituciones tienen sentido si son, elaboradas primero, y vividas después, a la luz del Evangelio. Si no, son carta mojada. Si no queremos decir que son un corsé que nos mantiene esclavos de la regla. El Evangelio. El papa Francisco en la carta a los consagrados decía que el Evangelio es el vademécum de todo consagrado, es el libro de texto de todo consagrado. Pero, ojo, el Evangelio no es una ideología como Jesús no es una idea. El Evangelio es una forma de vida, porque Jesús es una persona.

Nosotros no entregamos nuestra vida por ideas. Las ideas pasan. Nosotros entregamos nuestra vida por una persona, una persona que nunca falla: Jesús. Por tanto, discernir a la luz del Evangelio y sólo lo que se pueda justificar desde el Evangelio puede ser asumido por nosotros.

En segundo lugar, a la luz de los signos de los tiempos. Estamos viviendo, lo hemos dicho miles de veces, no en una época de cambios, sino en un cambio de época. Y dicen, quienes saben más que yo de esto, que estos cambios suceden cada cuatrocientos años, aproximadamente. A nosotros nos ha tocado la gracia, pero una gracia que comporta también sufrimiento y trabajo de vivir en este momento que yo considero de gracia. Leer los signos de los tiempos nos obliga a estar despiertos. La noche ya terminó. Es hora de despertarnos. Para poder despertar, si nosotros no estamos despiertos nunca podremos despertar a los hermanos y hermanas con los que nos encontramos. Por eso, voy a hablar de lo que a un franciscano le urge en este momento: no es tanto qué hizo san Francisco, o qué hizo san Ignacio para un jesuita, o qué hizo, cada uno ponga las personas que quiera; lo importante es qué haría san Francisco hoy, aquí y ahora. Por eso, queridos hermanos y hermanas, en esta Asamblea, preguntaros qué me pide el Señor en este momento. No hace cincuenta años, no en cincuenta años más adelante. Ahora. El pasado ya no es nuestro, el futuro no sabemos si será nuestro. Lo que tenemos a disposición es el presente. Es aquí y ahora donde se nos pide fidelidad, pero fidelidad creativa.

El carisma, queridos hermanos y hermanas no es (uso la imagen del papa Francisco) una botella de espumante, de champán, bien cerrada. El carisma es algo itinerante, porque, de lo contrario, no respondería a los signos de los tiempos. Nuestro Dios, lo afirma el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, es el Dios de la historia. Y esto no lo afirma Francisco sólo, es algo que encontramos en la Sagrada Escritura muy claramente. Y si nuestro Dios es un Dios de la historia, nuestra fe debe ser histórica; si no, no es fe, es arqueología. ¡Atención a la arqueología! A mí me encanta, porque ayuda mucho a comprender la Sagrada Escritura. Hoy estamos, al menos yo, con la mente en Nazareth, pues gracias a la arqueología hoy sabemos que Nazareth existía en los tiempos de Jesús, no como decían algunos que era un *midrash* inventado. Y que, en aquella pequeñísima aldea, poco más grande que el espacio de esta basílica, había una casa, la casa de María, y había otra casa, la casa de José. Por tanto, la arqueología es una ciencia auxiliar muy importante, pero no para el carisma, porque si hacemos arqueología nos convertimos en piezas de museo. Si ustedes quieren ser piezas de museo hagan arqueología, pero yo no quiero terminar en un museo. Por tanto, el carisma es siempre algo actual, itinerante,

que va de las primeras generaciones hasta el último novicio o novicia que entra a formar parte de la familia.

Y la tercera palabra: «alegraos». Se lo dice el ángel a María y hoy nos lo dice a nosotros: «alégrate». Quita de una vez esa cara de Viernes Santo, esa cara de funeral, deja de vivir en permanente estación de Cuaresma sin perspectiva de Pascua, alégrate. ¿Y por qué tenemos que alegrarnos? Porque el Señor nos ama así como somos. Con mi pecado, el Señor me ama. Con vuestro pecado, el Señor os ha llamado. Y donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Por eso hemos podido cantar el sábado de gloria: ¡Feliz culpa que mereció tal redentor! ¡Alégrate!

A veces los consagrados confundimos la seriedad de vida con la seriedad del rostro, y no tiene nada qué ver, nada, nada, nada. La alegría para un consagrado no es una posibilidad, es una responsabilidad. Y se nos va a pedir cuenta, yo creo, en el juicio final: ¿qué rostro de vida consagrada hemos proyectado? Por eso, yo les pido, que nunca, nunca, nos falte la alegría que viene del corazón, que no está reñida con las dificultades, que, a veces, el corazón sangra, pero los demás tienen el derecho a un rostro, por parte nuestra, de resucitados.

En la historia de nuestros institutos puede haber momentos muy difíciles, pues los vamos a asumir, y vamos adelante, y vamos con alegría. Tal vez esos momentos difíciles nos ayuden a poner nuestra fe y nuestra confianza en aquél que puede dar sentido pleno a nuestras vidas.

Hermanos y hermanas, que esta Asamblea sea un momento fuerte para reavivar el carisma. Para refundar el carisma; hoy se habla mucho de eso; yo he usado mucho esta expresión en tiempos pasados y la sigo usando. Para discernir comunitariamente la voluntad del Señor. Y, por favor, no tengan miedo. El miedo es falta de fe. A veces lo justificamos con muchas palabras bonitas, pero en el fondo es eso, el miedo es falta de fe.

Y no lloremos al muerto como hace María Magdalena, cuando el muerto ya no está, el muerto ha resucitado. Los lagrimones, sabe Dios cuántos litros de lágrimas derramó María Magdalena por el muerto, pues le están impidiendo ver al Resucitado al lado. Veamos, contemplemos la vida. Es Pascua, la fiesta de la vida. Es la Solemnidad de la Encarnación. La humanidad tiene futuro.

Y hoy estamos en casa de la Guadalupana, yo sé que para muchos de ustedes Guadalupe es Guadalupe y punto. También lo es para mí. Por eso, me alegra mucho poder hoy estar aquí en el Santuario de la Guadalupana. Nuestro corazón va a Guadalupe allá en la Ciudad de México. Y a mí me viene muy a menudo esta expresión que María dijo a Juan Diego: «¿Por qué tienes miedo? ¿Por qué tienes miedo? Si yo soy tu madre y aquí estoy». Qué bonito es caminar de la mano de María. Que ella los acompañe en esta Asamblea y en todo el camino que a partir de hoy empezarán a recorrer, espero, con mayor autonomía de las distintas ramas del Regnum Christi, pero siempre con un único corazón y una sola alma. De tal modo que, viendo vuestra comunión y viendo cómo os amáis, puedan decir: ¡Qué raro! Siendo tan distintos, tan distintas, y se aman, se quieren bien. Esa será nuestra primera forma de evangelización.

Que el Señor os conceda la paz. Viendo aquí a mi lado a un co-hermano, san Felipe de Jesús, me viene en mente lo que dijeron algunos de ellos, según Rivadeneyra también él, cuando eran crucificados en Japón: «si mil vidas tuviese, mil vidas daría por Jesús». Que sea este nuestro programa, recibirle para entregarle, primero en nuestra vida y después llevarlo a los demás.